



PERSPECTIVAS

Fotografía: Emiliano Valenzuela

ESTADO Y PROYECCIÓN DE LA GESTIÓN CULTURAL EN CHILE

Desde fines de los '90 y hasta el día de hoy, el tema de la gestión cultural ha adquirido una presencia e importancia cada vez mayor en los debates acerca de la cultura y en la implementación de políticas de Estado en ese ámbito. Esta tendencia no es privativa de nuestro país, sino que ha prendido y se ha expandido de manera explosiva en todo el mundo y, con ello también, ha puesto en evidencia la debilidad de algunas de sus definiciones y sobre todo su carácter funcional a la economía de mercado, a la hora de su aplicación en la esfera de las políticas públicas.

Claudio Di Girólamo



Fotografía: Emiliano Valenzuela

En efecto, sigue pendiente, y pienso que lo seguirá estando por mucho tiempo, a qué concepto de cultura nos referimos y qué entendemos por gestión cuando se trata de algo tan escurridizo como las concretas expresiones del quehacer cultural que pueblan nuestra cotidianeidad y que la mayoría de las veces ni siquiera son percibidas por la sociedad en su conjunto. Me temo que en el caso de Chile, por ejemplo, seguimos sumergidos en un mundo manejado por la competitividad, hija del mercado que, basada en la teoría y práctica de la obtención rápida de resultados exitosos, no está alerta ni atiende a los procesos culturales emergentes que, “sin querer queriendo”, van desplazando y reemplazando paulatinamente, hasta volverlas obsoletas, algunas concepciones, definiciones y sentidos respecto a la cultura.

Esos mismos que, sin embargo, se siguen aplicando no sólo en la cotidianeidad de conversaciones intelectuales de café, sino incluso en algunos claustros universitarios y que, en la práctica, perpetúan el concepto elitista de “alta cultura”, en una estrategia cuyo objetivo último parece ser el logro de una identidad cultural “de excelencia”, definida y muy propia, que nos abra las puertas al pleno desarrollo como país. Todo ello sucede al mismo tiempo en que, en una dicotomía más aparente que real, los ámbitos académicos y políticos trabajan sobre un concepto más antropológico de cultura, que rebasa con creces el ámbito de las bellas artes y asume como fundamentales los modos de vida y las visiones de mundo tanto personales como colectivas.

El verdadero problema es que esa identidad cultural tan esquiva, que a veces andamos buscando con un apuro casi compulsivo, no es un producto más del mercado, salido de una cadena de producción y montaje, que se entrega a domicilio, terminado y bien envuelto, sino que se encuentra y se va construyendo lentamente a través de un largo proceso de maduración en el tiempo, en el que se modifica constantemente a sí misma. Se construye de manera no lineal que, alternativa y sucesivamente, asume y rechaza, asimila y desecha las propuestas que emanan de manera espontánea, tanto de los acontecimientos que los diversos actores sociales van produciendo al interior de la comunidad local

como por factores externos a ella. Es ese el camino que recorre cualquier sociedad en su proceso de consolidación de una auténtica identidad cultural que sea el resultado de una síntesis armónica entre lo propio y lo ajeno, y entre pasado, presente y futuro.

Un “gestor cultural” que se respete, está indisolublemente ligado a ese proceso. Definitivamente no es un simple administrador de una empresa ya organizada y establecida en todas sus partes, ni menos un “productor” de “eventos culturales” aislados, por muy exitosos que parezcan. Lo definiría más bien como un constructor de redes culturales, basadas en la cooperación activa, cuyo trabajo tiene validez y sentido si es capaz de abrir y acompañar un proceso de empoderamiento y desarrollo de las capacidades creativas tanto personales como grupales de los miembros de la comunidad social en la que realiza su labor.

Es evidente que se trata de un trabajo complejo, que exige a aquellos y aquellas que quieren emprender seriamente ese camino, una preparación adecuada, gran capacidad creativa y sobre todo una vocación de servicio muy marcada, que parece no abundar hoy en el mundo del “mercado del trabajo”.

El mundo en el que construimos día tras día nuestra cotidianidad es un conjunto de diversas culturas y hasta sub-culturas de carácter efímero, cuyas formas de expresión conviven y se interrelacionan constantemente, a veces y a pesar nuestro, en los actos que realizamos y en las decisiones que tomamos.

Este hecho no puede ignorarse al momento de planificar cualquier proyecto de carácter cultural que se quiera realizar con

comunidades locales organizadas, ya que impide y hasta rechaza cualquier planificación rígida, estructurada en todas sus partes y sus etapas y, por el contrario, acoge y coopera creativamente con aquellas iniciativas flexibles, capaces de adaptarse rápida y eficazmente a los cambios bruscos y a los vaivenes que aparecen inevitablemente a lo largo del proceso de su concreción.

Todo lo anteriormente expuesto sirva de base para afirmar que hoy la gestión cultural vive un momento crucial, que demanda decisiones en varios niveles de poder, tanto en el ámbito público como en la sociedad civil, que incidirán directamente en las proyecciones y la influencia que este nuevo rol tenga en el proceso cultural de nuestro país.

Hace ya un tiempo que se ha venido produciendo un afán desmedido en tratar de dotar rápidamente de una base teórica y conceptual a este rol social con la intención, loable por cierto, de darle un status acorde a su importancia, pero que en la práctica ha resultado extemporánea, ya que ha derivado hacia un cierto estancamiento en lo que se refiere a propuestas innovadoras y, por qué no, más atrevidas de aplicación.

Mi opinión en ese aspecto es que la propia gestión cultural, con su accionar en la sociedad, con sus infaltables éxitos y fracasos, irá otorgando unos datos más confiables y valederos sobre los cuales estructurar una sólida teoría y, sobre todo, una práctica más flexible, eficaz y acorde con los cambios que, inevitablemente, se producirán en el mediano y largo plazo en la cultura local y global. ■

Un “gestor cultural” que se respete, está indisolublemente ligado a ese proceso. Definitivamente no es un simple administrador de una empresa ya organizada y establecida en todas sus partes, ni menos un “productor” de “eventos culturales” aislados, por muy exitosos que parezcan